

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



LLUVIA DE NÍQUEL

VI PREMIO DE NARRATIVA
FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

José Luis Muñoz

LLUVIA DE NÍQUEL

VI PREMIO DE NARRATIVA
FRANCISCO GARCÍA PAVÓN



Primera edición: diciembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Muñoz

© Foto de portada: José Luis Muñoz

ISBN: 978-84-127000-6-0

ISBN digital: 978-84-127000-7-7

Depósito legal: M-34676-2023

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*Para Pepita Muñoz, Mary Jo y María Palmer,
que me descubrieron Las Vegas.
Para Hans Paul Beets, que es medio norteamericano,
algo balinés y muy mejicano, pero se emociona
cuando ve una bandera de Holanda
entrando por la bocana del puerto de San Diego.
Para Carmen, Ron, Leslie Anne y Ben,
ciudadanos de un país tan poderoso como contradictorio.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Muñoz ya lo hizo

Resulta cuanto menos poco serio, pero imprescindible en este caso, acudir a una serie de televisión para introducir la presentación de una novela que forma parte la historia del género en nuestra lengua. Más absurdo aún si nos referimos a una serie animada de humor y caracterizada por su total ausencia de autocensura.

Pero tratándose de José Luis Muñoz y especialmente de esta novela, es inevitable acudir a un capítulo de la serie *South Park*, en el que recuerdo vagamente que los niños de aquel pueblo silvestre de Colorado querían hacer algo original, inédito y sorprendente. Y por cada idea demencial que se les ocurría, por delirante que pareciera, aparecía el listillo que decía: «los Simpson ya lo hicieron».

Si no recuerdo mal, esa frase se repetía docenas de veces y creo que la conclusión era que los Simpson ya lo habían hecho todo. Lo mismo ocurre cuando hablas con algún colega del oficio de escribir novela o novela negra, respecto a una idea que tienes que te parece original; y a poco que sea memorioso u honesto en sus recuerdos, te dirá: «José Luis Muñoz ya lo hizo». Y además lo hizo bien.

Lo de fuera

Hace ya unos años que se convirtió en tendencia literaria (iba a escribir «se puso de moda», pero sonaría despectivo y aquí somos muy respetuosos), ambientar las novelas escritas por autores españoles en países anglosajones que conocían quizás de algún documental o de una fugaz visita o un viaje de estudios. El caso es que parecía que los destinos locales estaban agotados y las tortuosas calles de Barcelona o las peligrosas vías oscuras de Madrid no alcanzaban para darle el *glamour* necesario a una novela. Dentro de esa tendencia hubo excelente novelas y de las otras (si me preguntan, más de las otras que de las excelentes). Lo malo —o lo bueno— es que José Luis Muñoz ya lo había hecho.

Veinte años no es nada

Se cumplen veinte años de la publicación de *Lluvia de níquel*, una novela que ya inaugurando el siglo XXI ambientaba toda su acción en Estados Unidos, concretamente en una ciudad de Estados Unidos, con un personaje que no tenía nada de español. El riesgo narrativo de competir con películas y novelas facturadas de aquel lado del Atlántico y amparadas por nuestra certeza cinematográfica, televisiva —e incluso lectora— de que un Mike podía actuar diferente de un Miguel.

Muñoz arriesgó y ganó, quizás porque su conocimiento del territorio de pecado convertido en escenario de este lento drama de caída no le era para nada ajeno. (Pendiente queda algún encuentro privado y con vinos en su casa de Bossòst para que me cuente todas sus aventuras en Las Vegas, esas que no reflejará nunca en ningún libro. Pero eso queda para los privilegiados amigos y colegas que aprendemos a envidiar con cariño).

Para los lectores, incluidos nosotros, queda una novela como *Lluvia de níquel*, que anticipa la tendencia de cambiar de escenario

y de fondo, pero agrega una vivencia cotidiana y profunda de Las Vegas, el marco donde se enmarca este drama humano y *noir*.

Viajero impenitente (siempre me hizo gracia de esa expresión, como si no fuera suficiente penitencia para alguien como él quedarse quieto y no estar gastando mapas con el recorrido de sus pasos), Muñoz conoce perfectamente Estados Unidos y en especial esa ciudad de luces plantada en medio del desierto, ese jardín artificial que cualquier mesiánico religioso podría asegurar y creer que fue creado por el diablo, aunque simplemente la hizo alguien mucho peor: el ser humano.

Las Vegas.

Un lugar reseco, en el que hasta el agua viene de otro sitio y es mejor no excavar demasiado en las arenas de los alrededores, para no encontrarte huesos de otros ingenuos que acudieron buscando tesoros. Donde las flores son de neón y si tienes suerte lloverá, pero monedas de níquel, aunque casi nunca llueve a gusto de todos y menos del protagonista.

El infierno más temido

Mike Demon es un anodino vendedor de seguros que pasa la vida en la carretera y odia el juego por oscuras razones familiares. Un hombre como tantos, aferrado a sus principios más por miedo que por convicción, para quien la vida funciona como debe si sigues los caminos adecuados. O no.

Una avería en su automóvil le llevará hasta Las Vegas, y su profunda desprecio por la meca del juego se irá convirtiendo en fascinación, hipnotizado con sus luces y el tintineo de las monedas en las máquinas de juego, la lluvia de níquel.

La caída de Demon en sus infiernos más temidos acaba de comenzar...

Fiel a sus objetivos de poner a disposición del lector destacadas obras del género provenientes de diferentes latitudes, descubrir nuevas voces y recuperar textos fundamentales de la narrativa

policial en sus distintas vertientes, Real Noir Ediciones ofrece ahora esta novela, ganadora del VI Premio Narrativa Francisco García Pavón, una joya del género que revela del alma humana más de lo que nos convendría saber.

José Luis Muñoz ya lo hizo.

Y lo sigue haciendo.

CARLOS SALEM

Me trasladó en espíritu al desierto. Y vi una mujer, sentada sobre una Bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la Bestia tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de su prostitución, y en su frente un nombre escrito —un misterio—: «La Gran Babilonia, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra».

Pero el Ángel me dijo: «¿Por qué te asombras? Voy a explicarte el misterio de la mujer y de la Bestia que la lleva, la que tiene siete cabezas y diez cuernos. La Bestia que has visto, era y ya no es; y va a subir del Abismo pero camina hacia su destrucción. Los habitantes de la tierra, cuyo nombre no fue inscrito desde la creación del mundo en el libro de la vida, se maravillarán al ver que la Bestia era y ya no es, pero que reaparecerá. Aquí es donde se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer.

Apocalipsis, 17, 6.

El Ford Taurus gris metalizado con matrícula de Los Ángeles, un modelo del año 87 que tenía los guardabarros rebozados por el polvo rojizo del camino, encendió el intermitente y abandonó lentamente la Freeway 77, que une Phoenix con la Costa Oeste, para detenerse ante del letrero parpadeante de un Dennys; el coche se encajonó, en un par de maniobras, en el único espacio disponible, entre una ranchera todoterreno y un utilitario japonés, y de él descendió rápidamente, con la chaqueta bajo el brazo, su conductor, que irrumpió en el restaurante de carretera espoleado por el calor. Le estremeció, al entrar, el frío intenso del local, pero le agradó el contraste y estuvo un rato en el vestíbulo refrescándose con las oleadas del aire acondicionado que soplaban del techo mientras se aflojaba el nudo de la corbata y separaba su piel sudada de la camisa. En cierta medida aquel cambio térmico brutal le despertaba de la somnolencia del largo viaje tanto como una buena ducha helada. Y esperó a que le acomodaran.

—¿Una mesa, señor?

La cajera era una rolliza mujer de unos cincuenta y pico años, y sus cabellos ensortijados de color plateados, que no se teñía, declaraban muy ufanos su edad; llamativas pulseras, la artesanía que los indios navajos vendían en sus puestos de carretera, se agitaban en sus gordezuelas muñecas, y sus labios, del grosor de un pulgar, se movían al ritmo del chicle que estaba mascando y se pasaba de un lado a otro de la boca. Rebosaba salud y frescura cada centímetro de su piel y parecía, lejos de acomplejada, enormemente satisfecha

de sus dimensiones. Se llamaba Woopyy, según rezaba la tarjetita que oscilaba sobre la pechera de su uniforme azul y su aspecto era el de haber comido buenas raciones de tortitas con jarabe y banana *splitz*. Miraba al intruso parpadeando y con una estudiada coquetería. Sin duda se creía hermosa.

—Buenas tardes, señor —saludó con una voz aguda.

—Buenas tardes.

—¿Va solo, señor?

—Solo.

—¿Fumadores o no fumadores? —le preguntó mientras se ponía en marcha y desvelaba a su paso un aroma de carne limpia y fragancias de desodorante.

—Tanto da.

Le pusieron con los fumadores, acomodándole en una de las últimas mesas que hacía frontera con las puertas batientes de la cocina y permitían atisbar lo que se cocía dentro a través de unos gigantescos ojos de buey. Pese a lo temprano de la hora —al sol todavía le quedaban seis horas para ponerse—, el local estaba bastante lleno: solo quedaban un par de mesas libres, pequeñas y en la zona de fumadores. Un matrimonio mixto —ella era de una blancura extrema, enfermiza, con la piel acribillada de pecas; él, negro, alto y recio, de mirada desafiante— con una buena recua de niños llorones a su cargo, y un matrimonio de avanzada edad, que por su aspecto atildado y distinguido podrían ser británicos, tuvieron que esperar a que se vaciara alguna mesa.

Desde donde se encontraba sentado, junto a la pared de cristal del establecimiento, que se empañaba constantemente por la diferencia entre la temperatura interna y la externa, el recién llegado podría vigilar tranquilamente su coche estacionado mientras comía. Echó un vistazo a la carta plastificada, por rutina, mientras intentaba silenciar, tosiendo, el rumor de sus tripas que le revelaban el hambre que las retorció de aquel modo tan escandaloso. Ya sabía de antemano lo que iba a pedir. Era un asiduo de aquellos rápidos, cómodos y siempre abiertos restaurantes de carretera, se conocía

todos los que había desde allí hasta Los Ángeles y podía certificar que la comida sabía exactamente igual en la mayoría de ellos. Diez años haciendo el mismo trayecto eran excesivos. Quizá había llegado la hora de pedir a Bakerey, su jefe, que le cambiara la ruta.

—Un número cuatro.

La camarera que tomaba nota de los pedidos se llamaba Patty y era una muchacha muy pecosa. Ella le reconoció. Se mordió los labios tratando de recordar el nombre del cliente mientras se acariciaba la mejilla con el extremo del lápiz. No era guapa, pero resultaba atractiva, o quizá su atractivo residiera simplemente en que ella sí se consideraba guapa. Iba, eso sí, muy maquillada, como una muñeca: los labios muy rojos, brillantes de carmín, las cejas recortadas, breves, colorete en las mejillas, para paliar la natural palidez de la piel de las pelirrojas, y una barbilla puntiaguda que le apuntaba a él.

—¿Demon? —aventuró con una suave voz. Demon correspondió con una sonrisa—. ¿Cómo está la carretera?

—Llena de curvas —dijo el propietario del Ford Taurus empolvado de rojo, intencionadamente, mientras un brillo relampagueaba en sus ojos durante breves instantes.

Patty era pelirroja y curvilínea, y sonreía de forma constante mostrando una dentadura uniforme y algo caballuna que asomaba entre sus labios rojos y le impedía cerrar del todo la boca. El letrero con su nombre, blanco sobre fondo negro, planeaba sobre un pecho abundante que desbordaba el escote y se juntaba, comprimido, formando una sima en la que se perdían no pocas miradas masculinas. También resultó muy diligente. En dos minutos Demon tenía sobre la mesa un vaso lleno de agua y hielo, y tres minutos después el plato combinado con hamburguesa, huevos revueltos, jamón y puré de patata frito en forma de torta aplastada.

—Tráigame una Corona muy fría, Patty.

—Enseguida, señor Demon.

Que lo llamaran por su nombre, que lo reconocieran, le hacía sentirse cómodo, como en su casa. Sorbió la cerveza en tres rápi-

dos tragos, mientras devoraba la hamburguesa y comenzaba con el puré de patatas que tenía un delicioso sabor a mantequilla y había sido gratinado al horno justo para que se formara una apetitosa costra que se encargó de quebrar con el tenedor. Siempre que salía a la carretera le entraba apetito, un hambre canina e inopinada que le hacía detenerse periódicamente cada cien millas para tomarse un bocado, un refresco o un café, y burlar de ese modo la monotonía de esas carreteras largas e interminables del desierto en las que era muy fácil dormirse sobre el volante. De hecho por esa razón estaba allí, cubriendo aquella ruta, porque hacía diez años Andreas Paulsen, un holandés que llevaba más de veinte años viviendo en San Diego y se había casado tres veces con la misma mujer, se durmió en su coche, no vio la curva de la carretera, se salió de ella, cayó por un terraplén, dio cuatro vueltas de campana y se incendió. Omitieron decir a la viuda que encontraron, junto al de su marido, el cadáver carbonizado de una desconocida.

Miró Demon a través del cristal, hacia el exterior, hacia el desierto inmenso de un extraño e irreal color rojizo, resaltado por los rayos del sol agónico, que se abría ante sus ojos mientras se tomaba el café, vaciaba rápidamente la taza y pedía que le sirvieran otro de nuevo. El fantasma de Andreas le animaba a atiborrarse el cuerpo de cafeína para no dormirse sobre el volante.

—De regreso a casa —murmuró mirando la carretera por la que muy de tarde en tarde pasaba algún vehículo, mientras repasaba el bloc de notas y los papeles contenidos en su carpeta de trabajo: una docena de contratos firmados que olían a la tinta de las plumas que se habían empleado, muchas horas de cháticas, de llamadas telefónicas, de argucias de gato viejo, complicidades, charlas de porche y hasta alguna que otra insinuación de índole sexual para que la firma constara en el documento. Conocía personalmente al 70% de sus clientes y estos le llevaban hasta ese otro 30% que eran más difíciles de convencer, pero que precisamente, por esa razón, le servían de estímulo. A veces llamaba a una casa y le abría una mujer, y le informaba de que estaba sola, que su ma-

rido estaba de viaje, que había enviudado, y le hacía pasar dentro a discutir, con una copa en la mano, los términos del contrato. Nunca dijo no.

Tardó más en consumir la segunda taza de café. Se demoró en ello, besando su borde de parafina. Achicharraba, le quemaba los dedos de la mano, sosteniéndola, los labios, en cuanto los acercaba. La dejó en la mesa, de nuevo. Hacía unos meses una mujer había demandado a un McDonalds por servirle café hirviente; le acusó de ser el causante de que se achicharrara las piernas al vertérselo encima y ganó el pleito ayudada por un abogado listillo que vio en aquel asunto un buen pellizco. Ya no lo servían tan caliente desde entonces. Tomó de nuevo el vaso. Lo bebió, esta vez, a pequeños sorbos, saboreando su amargor mientras se masajaba ligeramente las sienes con la mano libre.

—¿Quiere más café, señor Demon?

—No, gracias Patty —dijo, mirándole a la cara—. Es usted muy amable.

—Gracias, señor. ¿Va o vuelve?

Compuso un gesto de no entender la pregunta, y eso azoró momentáneamente a la camarera, tiñó de escarlata sus mejillas y el cuello, la hizo sudar por las axilas. Quizá ella debió pensar que iba demasiado lejos, que no debía tomarse semejantes confianzas con el cliente del que no sabía otra cosa que su nombre y que de vez en cuando se dejaba caer por ese Dennys, como debía hacerlo por la docena que había de allí a Los Ángeles.

—¿Va o vuelve a su casa?

—Ah —fingió sorprenderse. Pero no era buen actor. En realidad cruzó su mirada fría con la de la muchacha. Seguramente le molestaba la excesiva confianza de la empleada y el tener que darle explicaciones. Estaba cansando, y aburrido, de andar diez años viajando arriba y abajo por aquella carretera que no tenía sorpresas, tragando polvo, comiendo a deshoras y, lo peor, solo, sintiendo como planeaban sobre su cabeza miradas de conmiseración—. Vuelvo a casa, Patty, a descansar —le dijo, por fin. Y mintió a medias.

Antes de regresar definitivamente debía vender una póliza a un tal Douglas, un tipo que se había interesado por el tipo de producto que vendían llamando directamente a la compañía y hablando con Bakeray. «Le enviaré a mi hombre», le había dicho su jefe. Y su hombre era él.

La miró huir hacia otra mesa, moviendo sus piernas, algo más gruesas de lo que cabría desear, con cierta dificultad en el entubado de su falda. Le gustaban sus extremidades rotundas, la redondez de las rodillas, llenas de carne, la insinuación de un muslo, descubierto tres dedos por la minifalda que lo cubría, que permitía adivinar una nalga poderosa y estremecida por el movimiento. En otro momento la habría invitado a una copa al acabar su turno e intentado acostarse con ella en un motel de carretera; lo tanteaba periódicamente, a lo largo de la travesía de varios días por el desierto, cuando el volumen de contratos firmados auguraba una buena comisión y remojaba el éxito con la petaca de whisky que guardaba en la chaqueta. Ahora no podía, tenía prisa, deseaba llegar con prontitud a casa tras entrevistar a ese Douglas, y ante él se abría desesperadamente una carretera con muchos cientos de millas jalonada de chumberas, algún que otro *Dennys* con Pattys y Woopys sonrientes que intentaban recordar su nombre, y estaciones de servicio regentadas por indios navajos antes de llegar a su destino.

—Buen viaje, señor —le espetó la cajera mientras abría la puerta, dejaba penetrar por un segundo el aire infernal del desierto dentro del local refrigerado y corría a refugiarse en el interior de su coche empuñando la llave. Bostezó mientras lo ponía en marcha y arrancaba. Sintió sobre el cogote, mientras hacía la maniobra de marcha atrás, la mirada del conductor de la ranchera aparcada a su lado, un indio navajo enorme, quizá el más gordo que había visto nunca en su vida Demon, ahíto de hamburguesas y patatas fritas que debía sudar whisky por cada poro de su piel. Vigilaba que no le rayara el coche. No lo hizo Demon. Y salió a la carretera, encendiendo el intermitente. Sintió su mirada de odio en el cogote.

—¿Por qué los dejan salir de la reserva? ¡Putos pieles rojas!